

Adolfo Bioy Casares

La  
trama  
celeste

Publicado originalmente en 1948



## Posdata

1. Ya elegiste tu postal de viaje. Ahora observá, leé, pensá. Abrite a la experiencia.
2. Dejá tu posdata en la última solapa del libro. Es tu espacio, sos libre de usarlo como quieras.
3. Por último, recortá la solapa por el troquel. Podés llevarla en la billetera, pegarla en la heladera, prenderla fuego en un altarcito o regalársela a alguien especial. ¡El cielo es el límite!

## Recomendación

Cuando uno piensa en la literatura argentina y en su vasta historia, hay ciertos nombres que se instalan al instante en la mente de cualquiera de nosotros. Adolfo Bioy Casares es, sin duda, uno de esos fundamentales a tener presente en esa posible lista imaginaria, si se quiere incursionar verdaderamente en ella. Del mismo modo, no es posible imaginar *La trama celeste* sin tener presente el momento histórico en el que fue escrito. Publicado por primera vez en 1948, y modificado por el propio autor para posteriores publicaciones, este cuento es una pieza deslumbrante de principio a fin, dato que me parece más que necesario a la hora de pensarnos como potenciales lectores.

Múltiples son los factores por los que uno debe abordar este texto. Y es que hubo un antes y un después para la tradición del cuento argentino con el ingreso de ciertos tópicos que entiendo, hasta ese momento, habían sido poco o nada explorados. Bioy viene de alguna manera, junto a Jorge Luis Borges (porque aunque no lo veamos, Borges siempre está), a instalar estos nuevos caminos tan poco transitados hasta entonces.

Este cuento en particular reúne algunos elementos que hacen a la obra de su autor en su totalidad. La lírica elegante, presente y determinante, un sello personalísimo del autor; el humor, o mejor dicho, esa ironía tan suya que sabe sacarle, de tanto en tanto, alguna sonrisa cómplice al lector que lo aborda; la complejidad de la trama (el cuento dentro del cuento dentro del cuento, bien podría decirse), que manejada con la maestría de Bioy se vuelve simple, casi una excusa para decirnos otra

cosa. Y es ahí cuando uno debe estar atento, porque cuando uno ingresa al universo de Bioy Casares debe saber de antemano que parte del plan de lectura es encontrar ese mensaje cifrado que decidió dejar ahí para nosotros. Ese decir sin decir.

*La trama celeste* absorbe al lector con cada vuelta del lenguaje. Es un texto que obliga a la atención plena, a dudar incluso de lo leído, a preguntarse cosas todo el tiempo, porque la buena literatura hace eso: abre interrogantes. Invita a desconfiar no solo de las palabras de Morris (aunque uno desee fervorosamente que sean ciertas) o de las palabras de Servian. Hay que saber desconfiar, también, de las palabras del propio Bioy, que parece dispuesto a jugar con nosotros si nos encuentra distraídos.

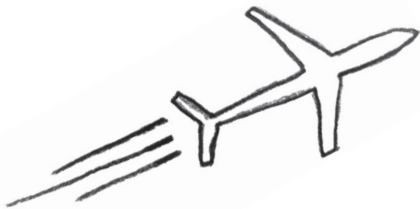
Este cuento es un ejercicio literario formidable que desde la primera línea nos sumerge en un juego de espejos del que seremos parte ne-

cesaria. Como sus lectores, habilitamos la posibilidad de ese mundo paralelo que se presenta ante nuestros ojos. Un ejercicio literario, sí, de piezas únicas, magistralmente diseñadas, pulidas y ensambladas para deleite de quienes se atreven a él.

Bioy es, seguramente, una de las voces argentinas más poderosas. Y en su obra quedó grabada a fuego la demostración de que la literatura es una de las herramientas más bellas del mundo. Por eso, este libro que hoy tienen en sus manos, puede ser una encantadora manera de ingresar a la obra de Adolfo Bioy Casares. Puede, incluso, ser la puerta de entrada perfecta a la maravillosa tradición del cuento argentino.

Ariel Hernán Toledo  
Librero de El Ateneo Grand Splendid

La  
trama  
celeste



Cuando el capitán Ireneo Morris y el doctor Carlos Alberto Servian, médico homeópata, desaparecieron de Buenos Aires, un 20 de diciembre, los diarios apenas comentaron el hecho. Se dijo que había gente engañada, gente complicada y que una comisión estaba investigando; se dijo también que el escaso radio de acción del aeroplano utilizado por los fugitivos permitía afirmar que estos no habían ido muy lejos. Yo recibí en esos días una encomienda; contenía: tres volúmenes *in quarto* (las obras completas del comunista Luis Augusto Blanqui); un anillo de escaso valor (un aguamarina en cuyo fondo se veía la efigie de una diosa con cabeza de caballo); unas cuantas páginas escritas a máquina —*Las aventuras del capitán Morris*— firmadas C. A. S. Transcribiré esas páginas.

## Las aventuras del capitán Morris

Este relato podría empezar con alguna leyenda celta que nos hablara del viaje de un héroe a un país que está del otro lado de una fuente, o de una infranqueable prisión hecha de ramas tiernas, o de un anillo que torna invisible a quien lo lleva, o de una nube mágica, o de una joven llorando en el remoto fondo de un espejo que está en la mano del caballero destinado a salvarla, o de la busca, interminable y sin esperanza, de la tumba del rey Arturo.

También podría empezar con la noticia, que oí con asombro e indiferencia, de que un tribunal militar acusaba de traición al capitán Morris. O con la negación de la astronomía. O con una teoría de esos movimientos, llamados pases, que se emplean para que aparezcan o desaparezcan los espíritus.

Sin embargo, yo elegiré un comienzo menos estimulante; si no tendrá los agrados de la

magia, tendrá los del método. Esto no importa un repudio de lo sobrenatural; menos aún el repudio de las alusiones o invocaciones del primer párrafo.

Me llamo Carlos Alberto Servian y nací en Rauch; soy armenio. Hace ocho siglos que mi país no existe; pero deje que un armenio se arrime a su árbol genealógico: toda su descendencia odiará a los turcos. “Una vez armenio, siempre armenio”. Somos como una sociedad secreta, como un clan, y dispersos por los continentes, la indefinible sangre, unos ojos y una nariz que se repiten, un modo de comprender y gozar la tierra, ciertas habilidades, ciertas intrigas, ciertos desarreglos en que nos reconocemos, la apasionada belleza de nuestras mujeres, nos unen.

Soy, además, hombre soltero y, como el Quijote, vivo (vivía) con una sobrina: una muchacha agradable, joven y laboriosa. Añadiría otro calificativo —tranquila—, pero debo

confesar que en los últimos tiempos no lo merecí. Mi sobrina se entretenía en cumplir las funciones de secretaria y, como no tengo secretaria, atendía el teléfono, pasaba en limpio y arreglaba con certera lucidez las historias médicas y las sintomatologías que yo apuntaba al azar de las declaraciones de los enfermos (cuya regla común es el desorden) y organizaba mi vasto archivo. Tenía otra diversión no menos inocente: ir conmigo al cinematógrafo los viernes a la tarde. Esa tarde era viernes.

Se abrió la puerta. Un joven militar entró en el consultorio.

Mi secretaria estaba a mi derecha, de pie, detrás de la mesa y me extendía, impasible, una de esas grandes hojas en que apunto los datos que me comunican los enfermos. El joven militar se presentó sin vacilaciones —era el teniente Kramer— y después de mirar ostensiblemente a mi secretaria, preguntó con voz firme:

—¿Hablo?

Le dije que hablara. Continuó:

—El capitán Ireneo Morris quiere verlo. Está detenido en el Hospital Militar.

Tal vez influido por la marcialidad de mi interlocutor, respondí:

—A sus órdenes.

—¿Cuándo iré?—preguntó Kramer.

—Hoy mismo. Siempre que me dejen entrar a estas horas...

—Lo dejarán —declaró Kramer y casi en el acto se retiró.

Miré a mi sobrina. Estaba demudada. Sentí rabia y le pregunté qué le sucedía. Me interpeló:

—¿Sabes quién es la única persona que te interesa?

Tuve la ingenuidad de mirar hacia donde señalaba. Me vi en el espejo. Mi sobrina salió del cuarto, corriendo.

Desde hace un tiempo estaba menos tranquila. Además había tomado la costumbre de

llamarme egoísta. Parte de la culpa de esto la atribuyo a mi *ex libris*. Lleva triplemente inscrita —en griego, en latín y en español— la sentencia *Conócete a ti mismo* (nunca sospeché hasta dónde me llevaría esta sentencia) y me reproduce contemplando, a través de una lupa, mi imagen en un espejo. Mi sobrina ha pegado miles de estos *ex libris* en miles de volúmenes de mi versátil biblioteca. Pero hay otra causa para esta fama de egoísmo. Yo fui siempre metódico, y los hombres metódicos, los que sumidos en oscuras ocupaciones postergamos los caprichos de las mujeres, parecemos locos, o imbéciles, o egoístas.

Atendí a dos clientes y me fui al Hospital Militar.

Habían dado las seis cuando llegué al viejo edificio de la calle Pozos. Después de una espera y de un breve interrogatorio me condujeron a la pieza ocupada por Morris. En la puerta había un centinela con bayoneta. Adentro, muy